
Editorial

PABLO VI Y LA JORNADA MUNDIAL DE ORACIÓN POR LAS VOCACIONES

Pablo VI instituyó, en 1964, la Jornada mundial de oración por las vocaciones, estableciendo que se celebrase todos los años en la Iglesia universal el domingo del Buen Pastor.

Cuando el Papa instituye este Día Mundial existían la Obra Pontificia de las Vocaciones Sacerdotales dependiente de la Congregación de Seminarios, y la Obra Pontificia de las Vocaciones Religiosas dependiente de la Congregación de Religiosos, ambas instituidas por Pío XII. Y, por supuesto, se oraba por las vocaciones. Había tres misas votivas: por las vocaciones eclesíásticas, por la perseverancia de las vocaciones eclesíásticas, y para pedir el fomento y perseverancia de las vocaciones religiosas. No obstante, Pablo VI consideró que era necesaria una Jornada Mundial de oración por las vocaciones para implorar universalmente a Dios, dispensador de los dones sobrenaturales, la gracia de la vocación en la Iglesia, puesto que la vocación es un don de Dios, una gracia que sólo se puede alcanzar por la oración. "Pedid al Señor de la mies..."

La primera Jornada se celebró el 12 de abril de 1964. A partir de aquel año, las Jornadas fueron adquiriendo cada vez más relieve hasta llegar a insertarse de una forma relevante en la actividad pastoral de las iglesias locales y en la conciencia de los católicos.

Al celebrar ahora los 100 años del nacimiento de Pablo VI, a quien muchos han definido como el Papa del Vaticano II, queremos recordar las magníficas y estimulantes enseñanzas sobre la vocación y las vocaciones que nos fue entregando en los 14 Mensajes de su Pontificado.

Los objetivos de las Jornadas quedaron muy bien definidos en el Mensaje de la VIIª:

- reflexionar sobre la multiforme realidad de las vocaciones en la Iglesia: sacerdotes, diáconos, religiosos, misioneros, contemplativos;

- hacer más consciente y activo el compromiso de todos al servicio de una causa que interesa a toda la comunidad cristiana;

- y, por último y especialmente, elevar al dueño de la mies una oración ardiente y común para que envíe operarios a su Iglesia. El fin primordial de las Jornadas es el de la oración por las vocaciones: "Días de meditación y de plegaria", las define el Papa.

El horizonte vocacional de dichas Jornadas comprende, en primer lugar y sobre todo, las vocaciones sacerdotales y religiosas, las llamadas vocaciones de especial consagración, y que abarcan también las vocaciones misioneras, contemplativas, e Institutos seculares.

Quedando esto bien claro, las Jornadas llegan a alcanzar a "todas las vocaciones de especial servicio al pueblo de Dios" (Carta del Cardenal Garrone, Prefecto de la Congregación de Seminarios, a los obispos del mundo para la preparación de la décima Jornada), con lo que se quiere decir que no quedan tampoco fuera del ámbito de las Jornadas determinados ministerios desempeñados por laicos, "floración espléndida destinada a crecer", al decir del mismo Pablo VI en la novena Jornada.

Después de 34 años tenemos que reconocer que aquellos objetivos continúan siendo válidos y tan urgentes hoy como entonces: reflexión, compromiso en la pastoral vocacional, y oración.

A lo largo de estos años, el horizonte vocacional se ha venido clarificando, pero no suficientemente: la inmensa mayoría de los seglares y un buen número de personas consagradas no tienen una idea clara de la significación y función de las vocaciones laical, religiosa y presbiteral en la Iglesia y en el mundo. Ha aumentado la conciencia del laicado de su protagonismo activo en la vida y misión de la Iglesia, junto a formas muy concretas e interesantes de voluntariado. No obstante, como nos ha repetido Juan Pablo II, es necesario y urgente evangelizar la vocación, crear comunidades vivas donde puedan florecer las vocaciones, llamar y acompañar. Y siempre, rezar.

Orientaciones más importantes de los Mensajes:

Los Mensajes, aun cuando no son documentos de la categoría de las Encíclicas ni de las Exhortaciones apostólicas, ofrecen, sin embar-

go, unas ideas importantes en torno a la vocación y las vocaciones en la Iglesia y también en relación a la pastoral vocacional. Por eso, queremos recoger y comentar brevemente aquí algunas de esas ideas y orientaciones pastorales que nos parecen especialmente significativas.

1. Importancia eclesial del tema de las vocaciones

Pablo VI no duda en afirmar que “del problema del número suficiente de sacerdotes depende el futuro religioso de la sociedad cristiana, y también este problema es el índice preciso e inexorable de la vitalidad de fe y amor de cada comunidad parroquial y diocesana, y es también testimonio de la salud moral de las familias cristianas” (Primer mensaje).

Y añade: “las vocaciones son la esperanza de la Iglesia en orden a su consistencia institucional y a su eficacia pastoral” (Cuarto mensaje)

“El problema de las vocaciones es, entre todos los problemas de la Iglesia, uno de los más importantes, como signo de su visibilidad, prueba de su credibilidad, garantía de su vitalidad, seguridad de su porvenir” (9°).

Estas palabras del Papa nos invitan a hacernos una pregunta: ¿Le damos hoy al problema vocacional la importancia que se merece?

A veces damos la impresión en las comunidades cristianas de que estamos como “resignados” a la falta de sacerdotes, al hecho de la ausencia de los jóvenes en las iglesias, a la falta de compromiso secular y también apostólico de los seglares; no se echa en falta ni se desea la presencia del signo eclesial de la vida religiosa... ¿Será que no creemos en las razones que señalaba el Papa para la pastoral de las vocaciones?. Y no es que haya que hacer o repetir lo de otros tiempos, pero la fe y la convicción por una causa mueven siempre a la acción y al compromiso, en actitud creativa y renovadora.

2. La crisis de vocaciones y nuestra actitud frente a ella

La crisis de vocaciones constituía para el Papa un auténtico drama: “¿Dónde están los elegidos (sacerdotes)? ¿Quiénes y cuántos son? La sociología eclesial muestra en todas partes estadísticas preocupantes, incluso desoladoras. ¿Dónde están estas vocaciones que parecen decidir la suerte del cristianismo en nuestro mundo y en nuestro tiempo? Este es el drama” (4°).

“El problema de las vocaciones es urgente, más aún, gravísimo, dramático” (6°).

“Entre los problemas que preocupan a la Iglesia en el momento presente, el de la disminución general de las vocaciones es sin duda el más urgente, y en muchos sitios adquiere proporciones cada vez más alarmantes” (7°).

Frente a un problema tan grave Pablo VI asegura que la crisis de vocaciones “no es más que un aspecto de la crisis de fe por la que atraviesa hoy el mundo” (7°).

Pero el máximo responsable de la Iglesia y de las vocaciones no se deja vencer por el desánimo. Ante la crisis, al cristiano sólo le cabe una actitud: la de confianza en el Señor, en el supuesto de que contribuya por su parte con todos los medios a su alcance para superarla:

“Sería un error grave sentirse desanimados o pesimistas por la comprobación (de realidad tan angustiada), ya que el misterio de las vocaciones sólo pertenece a Dios, y es imposible dudar de su preocupación por el bien de la Iglesia, a la que ha prometido su presencia y su ayuda hasta el final del mundo” (7°).

*Esta crisis de vocaciones pide una **pastoral vocacional** urgente y decidida, una pastoral que afecta y compromete a todos los cristianos (2° y 8°).*

Los motivos de esa urgencia los concreta el Papa en los cuatro siguientes:

** Del problema de las vocaciones depende el futuro de la Iglesia y de la evangelización del mundo (cf. n. 1).*

** Porque las vocaciones consagradas son en la Iglesia “un hecho de valor excepcional” (Cf. Jornada cuarta).*

** La pastoral vocacional urge también porque hay que suscitar muchas vocaciones para poder llegar a cubrir las innumerables e inmensas necesidades del mundo moderno en el terreno espiritual.*

** La crisis de vocaciones es también y por último, tal como la describe el Papa, otro de los motivos de urgencia de la pastoral de las vocaciones de especial consagración.*

En estos momentos, las estadísticas, a pesar de una ligera línea ascendente en algunos países e iglesias locales, continúan siendo preocupantes. A pesar de todo, lo que importa de verdad es el que nos entreguemos, con gran optimismo y confianza, a una pastoral vocacional inserta en la pastoral general y especialmente en la pastoral juvenil,

que ayude a los jóvenes a hacer un camino de fe que les lleve a un planteamiento vocacional. Mientras tanto, el Espíritu Santo irá abriendo nuevos caminos a la acción evangelizadora de la Iglesia y suscitará los evangelizadores adecuados para estos tiempos.

A este propósito, Pablo VI se preguntaba si la crisis de vocaciones no será **crisis de fe**:

“Toda verdadera vocación nace de la fe, vive de la fe, persevera con la fe; una fe sentida y vivida diariamente, con sencillez y generosidad de espíritu, en confianza y amistad con el Señor. En efecto, nadie sigue a un extraño; nadie ofrece su vida por un desconocido. Si hay crisis de vocaciones, ¿no será, quizá, porque, antes que nada, hay crisis de fe? ¿Qué obligación tan grande recae sobre los Pastores de almas, sobre los padres, sobre los educadores cristianos de guiar a la juventud moderna al conocimiento profundo de Cristo, a la fe en él, a la amistad con él!” (14°).

“Sólo una intimidad vivida día a día con El, en El y por El puede hacer nacer y acrecentarse en un corazón juvenil la voluntad de donarse irrevocablemente, sin compromisos ni debilidades con una alegría siempre nueva y regeneradora, a las responsabilidades de ser “ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios” (1 Cor 4,1)” (15°).

A veces, ante la crisis de vocaciones, se ha pensado, sobre todo en aquellos años postconciliares, que la solución podía venir o incluso debería venir desde el **laicado**. Frentes a estas opiniones, Pablo VI responde con toda firmeza y claridad:

la “disminución de vocaciones provoca a veces un saludable despertar de las comunidades cristianas: los catequistas, los miembros de la Acción Católica y muchos otros seglares de fe y testimonio admirables asumen responsabilidades o aseguran ciertos “ministerios” que favorecen la vitalidad cristiana de sus hermanos y encarnan el mensaje cristiano en lo más profundo de las realidades cotidianas. Su papel es insustituible. El Espíritu Santo les anima. Nos somos el primero en alegrarnos de esta promoción del laicado y en alentarlos.

Pero todo ello –no haría falta decirlo– no suple el ministerio indispensable del sacerdote, ni el testimonio específico de las almas consagradas. Al contrario, los reclama. Sin ellos, la vitalidad cristiana corre el peligro de cegarse en sus fuentes; la comunidad, de desmoronarse y la Iglesia de secularizarse. Descuidar el problema de las vocaciones haría correr un peligro muy grande a la Iglesia” (12ª).

3. Importancia esencial de la llamada:

Pablo VI nos recuerda la importancia esencial de la llamada en la pastoral de las vocaciones.

** El mismo, personalmente, llama: "Yo llamo. Os llamo. Sé que es una audacia la mía, quizá vana, quizá inoportuna; mas yo debo hacerme oír, como Jesús: venid conmigo. Diré más: la mía es una voz grave. Venir conmigo comporta una donación extremadamente preciosa, la donación personal de vosotros mismos al Señor; comporta un sacrificio sin reservas. Pero así es; debo ser sincero. Mi voz, que quiere ser vocación para vosotros, es penetrante, es exigente" (11°).*

** Llama desde las necesidades de los hombres:*

(A los jóvenes): "Escuchad en mi llamamiento, como primera invitación, la llamada de la humanidad. Aquella llamada que brota de la humanidad que todavía pide, que expresa sus exigencias más auténticas, y que por lo común las expresa sufriendo. Pide verdad, pide luz, pide amor, pide atención pide guía, pide ayuda... ¿No advertís en tal invocación el gemido de una esperanza, seguido del lamento de la desilusión, de la turbación, del sufrimiento, de la desesperación? ¿No sentís el llanto de tantos niños infelices, de tantos pobres desolados, de tantos enfermos necesitados, de tantos débiles oprimidos? ¿Y no vais a prestar atención también al clamor de quien trabaja, de quien estudia, de quien se agita, y a la postre no sabe por qué? El porqué de la vida, ¿quién lo puede descubrir?; quién puede decirle al hermano: "el que me sigue, no camina en tinieblas" (cf. Jn 12, 35)... ¿Quién puede conferir sentido y valor al saber humano, quién puede purificar y afianzar el amor, quién enseñar el verdadero secreto de la belleza, quién valorar lo precioso de las lágrimas, quién abrir la puerta de la posibilidad soñada de una vida sobrenatural?...

Dios llama con la palabra de la humanidad que aspira a la trascendente plenitud de su vida, que de otro modo sería fallida" (11°).

Este es un primer momento sociológico-religioso de la vocación.

** La llamada desde el interior, desde la iglesia y las voces amigas:*

Pero "es menester escuchar otra voz amiga y sabia. He aquí el segundo momento: psicológico-religioso. Se hace necesario el especialista; esto es, el maestro del alma, el director espiritual; se hace necesario el amigo experto en los secretos de los corazones" (id).

“La voz que llama se duplica en un sonido ajeno, extero, humano y en un sonido personal, interno, inspirador. ¿Cuál prevalece? Es ésta la fase más decisiva para alcanzar la certeza de la vocación... Se produce tensión. Pero no hay motivo para temer..., porque cuando la vocación es auténtica las dos voces enseguida coinciden, y su armonía desencadena una certeza indecible... El mismo Señor, que llamó a Leví exteriormente con una voz humana para que le siguiera, interiormente le iluminó con una inspiración divina para que al punto siguiera a quien le llamaba (Beda el Venerable). (Y la segunda razón para no temer): “la llamada al sacerdocio se expresa en definitiva mediante la voz responsable y garantizadora de la jerarquía y la imposición de manos del obispo, quien ciertamente deberá verificar si el candidato procede con rectitud de intención y si tiene las aptitudes indispensables para el ministerio sacerdotal” (11°). Este es el tercer momento, que se puede definir como canónico-religioso.

Todo esto nos recuerda que una de las tareas más importantes en la pastoral vocacional es la de acercar a los jóvenes a las necesidades de la historia y de los hombres, que son llamada de Dios, y la importancia decisiva y trascendental del acompañamiento espiritual en el proceso de fe y vocacional.

4. Objeciones a la vocación

*Pablo VI es consciente de los obstáculos que se interponen en el camino vocacional y habla de tres sectores en los que se manifiestan **objeciones a la vocación:***

** “El primero es específicamente religioso, y afecta no sólo a las vocaciones propiamente sacerdotales, sino también a las consagradas a un estado de perfección... La objeción se formula con una pregunta banal: ¿vale la pena?”...*

** El segundo es “el del ambiente social, que se adueña de nosotros, nos condiciona en grado tal, que resulta difícilísimo hoy liberarse y salir de él... Los jóvenes sienten qué fuera de moda, ridículo, inverosímil es para ellos salir de la costumbre común y profesar una vocación sacerdotal o religiosa sin compromisos mundanos, poco acordes con tales vocaciones.*

** “El tercer sector: “la Iglesia; sí, la Iglesia en su prosaica realidad humana, histórica, visible y canónica. La Iglesia con su permanente contradicción: entre el ideal y la realidad...”.*

Como vemos, el Papa no cierra los ojos ante la realidad y así lo manifiesta a los mismos jóvenes.

Pero, dado que el rechazo a todo lo referente a la vocación y a la Iglesia y sus enseñanzas, procede, en muchísimos casos, de una gran ignorancia, les dice a los jóvenes y nos dice a los adultos lo siguiente:

“Digamos finalmente a vosotros jóvenes y menos jóvenes: procurad conocer mejor estas realidades y estas verdades para amarlas más, para descubrir y vivir vuestra vocación, para manteneros fieles a la misma con la gracia del Señor.

Pero debemos decir también a vosotros, pastores de almas, religiosos, religiosas, misioneros, educadores, a vosotros teólogos, a vosotros expertos de espiritualidad, de pedagogía y de psicología de las vocaciones: haced conocer estas realidades, enseñad estas verdades, hacedlas comprensibles, estimulantes, atrayentes, como sabía hacerlo Jesús, Maestro y Pastor. Que nadie, por culpa nuestra, ignore aquello que debe saber, para orientar, en sentido diverso y mejor, la propia vida” (15°).

